

XXI.

La partida.

El espantoso drama de la exposición Estradère fué en Londres, durante ocho días, el asunto de todas las conversaciones y de todos los periódicos.

La prensa entera decía que Katchar había cumplido con su deber, y que Tom-Black había sido siempre un miserable; pero, ¡ay!, el veredicto del doctor Morton era más cruel para el indio.

—Temo (dijo el médico á Placial) que el terrible puñetazo de aquel malvado condene á Katchar á frecuentes vómitos de sangre, y, por consiguiente....

—¿Á la muerte?

—Desgraciadamente, sí.

Aquella especie de sentencia oprimió el corazón de Placial. ¡Amaba tanto á su fiel Katchar!

Pero ¿quién sabe? El doctor podía equivocarse. ¿No había, en algunos momentos, desesperado de Genoveva, y sin embargo ésta parecía revivir?

—Voy á daros un consejo (dijo el Doctor).

Vuestra hija ha mejorado, pero no está salvada todavía. Esa niña necesita otra atmósfera. Llévala al Mediodía, á Niza ó á Madera, y que vaya también Katchar. ¡Tal vez pueda ir viviendo! Y si la ciencia no es una palabra vana, os aseguro que *ella* se curará.

—¿En Madera?

—Ó en Malta. Mejor en Malta, porque allí la vida es mucho más activa.

—Bien (dijo Placial): iremos.

Y aquella misma noche anunció su proyecto á Genoveva.

La joven pareció tristemente sorprendida.

—¿Por qué hemos de salir de Londres?— dijo.

—Para que os pongáis buena.

—¿Y qué os importa mi curación, si sólo hace unos días que me conocéis?

—Mi vida depende de la vuestra, Genoveva.

—¿Pues quién sois?

Placial no quiso decir «Tu padre». ¿Lo era acaso?

—Un amigo,—respondió.

—¿Un amigo?—repitió la joven, interrogando.

—Un pariente,—dijo entonces Placial.

—¿Y si yo os contestase que prefiero quedarme en Londres?....

—Preferís quedaros en Londres, porque tenéis aquí personas que amáis; pero, tranquilizaos, vuestros amigos nos seguirán.

Los azules ojos de la enferma se iluminaron.

—¿Vendrá Catalina?

—Y Patrick.

—¡Oh! ¡entonces quiero partir cuanto antes! Placial tenía que principiar por vender su colección de fieras, que valía una fortuna considerable.

La casualidad quiso que el propietario de uno de los grandes circos de Melbourne ofreciese al domador adquirir la colección entera.

—¡Vender á *Tiberio*!—murmuró Katchar suspirando.

Placial vendió todas sus fieras, excepto *Tiberio*.

El domador pensaba:

—Genoveva es rica; si vive, podrá casarse con quien quiera.

No era preciso buscar mucho para buscar al que debía casarse con la joven. Miss Eva le había designado muchas veces.

—Tal vez dirán que soy excéntrica (decía la joven); pero creo que ese Patrick es un gran talento, y ha de ser uno de los primeros poetas.

—Patrick (dijo una noche Placial al irlandés); Genoveva necesita sol y calor. Dentro de muy poco partiremos para Malta.

El pobre Patrick se puso pálido como un muerto.

—Tranquilizaos (añadió Placial): vendréis con nosotros.

—¿Yo?

—Y vos también, *Grana*,—dijo el domador á Catalina, que escuchaba.

Estradère sintió dos besos á la vez sobre cada una de sus manos, y la alsaciana repetía:

—¡Oh, gracias, gracias! Esa niña es un pedazo de mi corazón, que ha sustituido á mi hija.

Placial les hizo jurar una cosa: que no habían

de decir á Genoveva que él era su padre. Quería decirselo él mismo cuando llegase el día.

—¡Tal vez nunca!—pensaba con tristeza el domador.

Llegó el día de la partida, que debía verificarse en el vapor que salía por el Támesis. Miss Eva y lord Harrisson quisieron despedir en el muelle á sus amigos.

Genoveva quiso, antes de partir, visitar el sepulcro que Placial había hecho elevar al viejo Bob.

—Bob fué el primero que me socorrió.

Y sonrió dulcemente.

—Vos habéis sido el segundo, amigo mío, —añadía mirando á Placial con ternura.

Placial la condujo hasta un sepulcro nuevo.

La joven se detuvo, y leyó estas palabras, grabadas en el mármol:

Á LA MEMORIA DE UN HOMBRE.
SE LLAMABA BOB.

Genoveva se arrodilló llorando.

¡Qué recuerdos tenía para ella el nombre de *Bob*!

—¡Adiós! (dijo la joven en inglés, después de algunos minutos.) ¡Adiós, Bob, padre mío!

Aquella palabra *padre* hizo estremecer á Placial.

—Sin él (dijo la joven), me hubiera muerto sin haber conocido ni una sola afección.

Y añadió tímidamente, cuando se alejaban del cementerio:

—¿Y.... *ella*? ¿Qué ha sido de *ella*?

La joven no pronunció ningún nombre; pero Placial la comprendió en seguida.

—Ella permanecerá en Londres, y no carecerá de nada.

El doctor Morton le había dado aquella misma mañana informes de Cecilia Hervier, que había sido detenida en medio de la calle y conducida á una casa de locos. Cecilia había sido encerrada al mismo tiempo que la llamada Sarah Wilson, cuya manía furiosa consistía en amenazar de muerte á un tal Tom-Black. Lo mismo que Cecilia Hervier, Sarah Wilson era incurable.

—¡Incurable!—había contestado Placial, con mal disimulada emoción.

¿Quién hubiera dicho al domador en otro tiempo, cuando se presentaba temblando delante de la ramilletera, que aquella Cecilia encantadora había de acabar así?

—Doctor (dijo aquel hombre, cuya melancólica voz se había hecho temblorosa: es necesario que esa desgraciada no carezca de nada. Os la confío: yo daré todo el dinero de que haya necesidad para asegurarla un bienestar. ¿Me prometéis velar por ella?

—Os lo prometo (contestó el Doctor; y añadió): ¿queréis verla?

Placial vaciló un momento.

—No (dijo por fin); quiero guardar el recuerdo del pasado.

Y subió en un coche.

Cuando atravesaba el domador el muelle del Támesis, dijo, mirando aquellas casas negras, aquellas casas sin cortinas, aquel gigantesco monstruo de piedra:

—Esta vez, siento una alegría profunda al dejar á Londres. Me parece que esta ciudad encierra algo de feroz y sin entrañas.

—Porque pensáis en Withe-Chapel,—dijo el Doctor riendo.

—Pienso en Genoveva, que ha estado á punto de morir allí.

—Y olvidáis al buen viejo Bob, á miss Eva y al Doctor,—murmuró dulcemente Genoveva.

El coche se detuvo bruscamente. Habían llegado al Támesis. El vapor del barco humeaba, y los viajeros se despedían.

Miss Eva estaba allí con lord Harrisson y su hijo, y en el barco, Patrick Donegan y Catalina esperaban con los equipajes.

Genoveva se puso pálida al aperebir á sir Carlos Harrisson, como la visión de la hora más horrible de su vida que se la presentaba allí.

Placial sintió que el brazo de la joven se estremecía bajo el suyo.

—Genoveva (dijo miss Eva); os presento á mi prometido, que ha querido venir conmigo á despediros.

Carlos Harrisson se quitó ceremoniosamente el sombrero, é inclinándose delante de Genoveva, dijo:

—Señorita, os ruego que seáis bastante buena para acordaros de lady Harrisson, que tanto os ama: vuestras oraciones y vuestros recuerdos la darán la felicidad sin duda. ¡No os pido nada para mí, sino para ella!

Había en estas palabras un tono de disculpa y de reparación tal, que conmovió á Genoveva, la cual respondió con una sonrisa llena de dulzura,

que parecía querer decir: «Lo he olvidado todo».

En el momento que Placial iba á subir al vapor, se oyó llamar en voz alta, y vió, que bajaban corriendo por el muelle, á Montpezat, á Burrageas y á los marineros del *Mistral*.

—¡Cómo! (dijo el Capitán.) ¿Vais á partir sin despediros?

—Perdonadme,—dijo Placial.

Se estrecharon las manos. El domador estaba profundamente conmovido.

—Y el indio, ¿dónde está?

—Katchar no se va por el Támesis (dijo Placial), sino que se embarcará en Douvres esta noche por Calais, y llegará á Marsella antes que nosotros.

—¿Y por qué no vais todos juntos?

—Porque Katchar lleva con él á *Tiberio* y á un hombre para que le ayude á vigilarle, y la jaula no se hubiera podido transportar por el Támesis.

—Entonces Katchar tendrá esta noche compañeros.

—¿Quiénes?

—Nosotros; Bourrageas, Poullaouec y Lemagnen, y además un par de bribones, Fargeotte y Rondonneau, los ladrones de la caja del *Mistral*.

—De modo, que habéis conseguido....

—Echarles mano al colete, y, ¡cosa extraña!, en esa misma taberna de *El Hacha y el Ancla*.

—Adiós, adiós,—dijo el domador.

—Adiós,—dijeron todos á la vez.

El vapor silbó, y la rueda del barco se imprimió en el agua con ronco sonido.

De pronto, Genoveva, que estaba en pie apo-

yada en el brazo de Patrick, lanzó un grito, y mostró al irlandés un niño que corría por el muelle, gritando:

—¡Patrick, Patrick!

—¡Mirad á Paddy!—dijo la joven.

El niño llevaba un vestido rojo, y agitaba en el aire una gorrita militar.

—¡Adiós, Patrick! ¡Amigo Patrick, hasta la vista! ¡Voy á ser soldado!—gritaba el valiente, como si su vocecita hubiera podido llegar á su amigo.

Patrick hacía á Paddy señas de despedida, y los ojos del niño estaban llenos de lágrimas, mientras su corazoncito latía con violencia bajo aquel traje rojo, al ver partir á su mejor amigo.

Después todo fué desapareciendo: Paddy que corría, miss Eva que estaba inmóvil al lado de lord Harrission y sir Carlos, Montpezat y sus marineros, todo se hundió en el horizonte ante los ojos de nuestros viajeros.

—Vamos hacia el sol, Genoveva,—dijo Patrick.

Y Catalina repetía:

—¡Cuánto voy á llorar cuando vuelva á ver la Francia.

Genoveva estaba triste á la idea de que en aquella niebla, en aquella vasta ciudad, en aquel Londres misterioso y sombrío, donde tanto había sufrido, dejaba á su madre.

—¿Dónde está mi madre?—preguntó la joven dulcemente á Placial Estradère.

—Está muy bien cuidada, y no carece de nada,—respondió el domador.

—¿Está enferma?—dijo Genoveva.

no de Malta, durante el cual Katchar, unas veces miraba á Genoveva con admiración, y otras hablaba á *Tiberio* en una lengua desconocida.

Aquellos desterrados de Inglaterra y de Francia se habían establecido en un hotelito que daba al mar, y la alsaciana había tomado la dirección de la casa.

Para Genoveva, cada día era como un renacimiento. Patrick Donegan la distraía contándole sus antiguas historias, y Placial reconocía con gran placer las raras cualidades que hacían del joven un hombre notable.

Patrick podía ser lo que quisiese, mezclando la acción al sueño, la práctica á la teoría.

—Después de todo (pensaba el domador), Patrick no necesitará de nada, puesto que le haré rico.... ¡Ay! ¡El dinero es el gran elemento!

Entretanto, Patrick estudiaba, y estudiaba con una especie de violencia.

—¡Quiero ser digno de ella!—decía el joven á Catalina.

Y la alsaciana respondía:

—Cuando se tiene un corazón como el tuyo, hijo mío, se es digno de todo el mundo.

Había como un exceso de felicidad en todos aquellos seres. Sólo Placial sufría al ver los terribles progresos de la enfermedad de Katchar. Otro dolor se albergaba también en el fondo de su alma; la duda, la horrible duda.

Aquella Genoveva tan encantadora, tan angelical, ¿era su hija?

¿Qué significaba el estigma que aparecía sobre su frente?

Una noche, en Belgrave-Square, había dicho

el Doctor que la edad acabaría por borrar definitivamente aquella mancha, que cada día iba siendo ya menos perceptible.

Placial espiaba á todas horas, por decirlo así, un gesto, una mirada, la más pequeña señal que le indicase un parecido que pudiera decirle: «Es tu hija»; pero Genoveva no se parecía á nadie más que á Cecilia, á Cecilia joven y sonriente, cuando estaba entre las flores; y la terrible duda que mordía á Estradere en el corazón, continuaba.

Muy pronto debía Placial experimentar, al mismo tiempo que un intenso dolor, una grande alegría.

Patrick vino á anunciarle una mañana que un serio peligro amenazaba á la ciudad: la jaula de *Tiberio* estaba vacía. *Tiberio*, enfermo desde ocho días antes, parecía agonizar desde la víspera. ¿Cómo había tenido fuerzas bastantes para abrir su jaula?

Fué llamado Katchar.

Katchar estaba ausente.

Katchar, cuya enfermedad minaba rápidamente su existencia, había mirado á *Tiberio* con lástima.

El indio había creído que aquel rey de los juncales se asfixiaba en su estrecho encierro.

—Tú eres como yo, *Tiberio* (había dicho); el aire escasea para ti. Pues bien: si quieres, nos iremos tú y yo á morir bajo el gran cielo libre. ¿Quieres?

Y acto seguido, á la aurora, á la hora en que la isla entera dormía aún, había abierto la jaula, y, acompañado de *Tiberio*, salió de la población, yendo á acostarse en los arenales de la costa,

junto á una roca, mirando al mar, tan azul como el cielo.

—Mira, *Tiberio* (decía Katchar, hablando con el tigre); allá abajo, allá abajo, allá abajo, muy lejos de aquí, está la India. ¿Tú querías encontrarte allí, *Tiberio*?... Y yo....; yo quería morir ó vivir con el patrón y con Genoveva, á quien el irlandés ama tanto.

Al pronunciar el nombre de Genoveva, un destello de fuego pasó por los ojos de Katchar.

—Es extraño (pensaba el indio al acostarse al lado de su tigre, que, cansado por la distancia que había recorrido, decaído, moribundo, no tenía ya fuerzas para levantarse); ya no toso nada, me siento bien, me siento muy bien.

El sol se elevaba en el horizonte, calentando la isla y el mar.

—¡Qué dichoso soy! (decía el indio.) ¡Cómo reanima este cálido sol, bien pálido por cierto, *Tiberio*, comparado con tu sol y el mío! ¡Ah! ¡Qué bien me siento!—añadió.

Creía Katchar que estaba soñando. Sus manos enflaquecidas acariciaban el cuello musculoso del tigre, y mientras que *Tiberio* fijaba en él sus ojos tristemente dilatados, en las pupilas de la bestia feroz creía ver su país inundado de sol, el el golfo azul reflejando las villas de mármol, blancas como apariciones. Oía en el aire cálido y pesado el vuelo de las cantáridas sobre los juncos, y bajo una palmera cargada de frutos fantásticos; le parecía que respiraba con una voluptuosidad de *nirvana*, el aniquilamiento supremo, la flor del olvido, la flor del *loto*.

Y allí, recostado, silencioso, dominado por

una abstracción profunda, veía desvanecer y desaparecer, como nubes arrastradas por el viento, todos aquellos dolorosos recuerdos del país de las nieblas. Creía encontrarse de nuevo en su India bendita, en su país sagrado, en una villa resplandeciente, bella como *Amaravata*, la *ciudad de los inmortales*, que *Indra* gobierna. Y su padre estaba allí, su padre joven y fuerte, sonriente y libre, y con su voz dulce, que la muerte había hecho callar, el padre decía á su hijo: «Mira, tan lejos como tu vista pueda alcanzar, tan lejos como puedan oírse los maullidos de los tigres, tan lejos como el pájaro pueda volar, el país de los *nopales* ha sido libertado, nuestra tierra ha sido redimida: Brahma ha oído á sus hijos. Ya no hay en la India un solo uniforme rojo; Katchar, tus hijos y los hijos de tus hijos serán libres».

La visión se fué entonces desvaneciendo poco á poco, dejando á Katchar el sentimiento de la triste y viva realidad. El indio miraba á *Tiberio*, y le decía en voz baja, como si el tigre pudiese comprenderle:

—Vamos á volver allá abajo, allá abajo, adonde las noches son más claras que los pálidos días de este país sin luz; allá abajo, donde mi padre es rey; allá abajo, donde tú recorrerás en libertad las riberas del Río Santo: ¿comprendes, *Tiberio*? *Tiberio*, ayer esclavo como yo, y hoy libertado como Katchar.

El tigre volvía hacia el indio sus ojos espirantes, cuyas pupilas hacía brillar la fiebre. Esta última marcha fuera de la jaula había agotado sus fuerzas. Aniquilado, aplastado en tierra, *Tiberio* tenía ya en sus patas la siniestra rigidez de

la muerte. Sus flancos, hundidos, se hinchaban y deprimían á impulsos de la respiración, que producía ya un silbido ronco, y convulsiones lúgubres agitaban el hocico erizado de la bestia salvaje.

Katchar, tendido boca arriba, con su cabeza de color de bronce apoyada sobre el tigre espirante, como si fuera una almohada, dirigía sus miradas al infinito, y veía allá arriba, en el azul profundo del cielo, visiones paradisíacas, deidades de hermosos ojos, que se deslizaban entre los árboles, cuyas flores embalsamaban el aire; y por un prodigio que encantaba á Katchar, aquellas deidades de cabellos negros y de ojos de color de noche profunda, se parecían á la rubia Genoveva, ó, más bien, eran Genoveva misma, que recorría, rodeada de adoración, aquellos luminosos paraísos.

Mientras agonizaba *Tiberio*, Katchar cantaba.

Cantaba una canción de su país, una canción de su infancia, en tanto que el sol dirigía sus rayos sobre aquel grupo extraño, sobre la bestia salvaje y el indio, acostados juntos. Un cielo azul, una luz resplandeciente y arena blanca á su alrededor: Katchar podía, con fundamento, creerse bien lejos. En su patria.

Y como viera que las últimas convulsiones del tigre se hacían más frecuentes y más crueles:

—¡*Tiberio*, espérame, *Tiberio*! (exclamaba.)
¡Vamos á ser libres!

Le parecía, en efecto, que una sensación desconocida le inundaba, que su cuerpo no existía ya, que su pensamiento tenía alas. Vivía en una atmósfera más pura, en un aire embalsamado, en un éter azul.

Se incorporó para mirar á *Tiberio*. *Tiberio* se moría.

—¡*Tiberio*, *Tiberio*! (exclamó de repente Katchar con espanto.) ¡*Tiberio*!

El tigre, haciendo un último esfuerzo, levantó á medias su cabeza pesada, y, con una expresión extraña de cansancio y de amor, su ojo oblicuo se detuvo un momento en los ojos de Katchar, con expresión de reconocimiento. Después de esto, aquella cabeza cayó bruscamente, con un sonido mate.

—¡*Tiberio*! ¡*Tiberio*! ¡*Tiberio*!—repetía Katchar atónito.

Se arrastró sobre las rodillas hasta aquella cabeza que trató de levantar.

Sus pobres manos eran demasiado débiles. Dejó entonces caer sus labios hasta la boca horriblemente contraída del tigre, y dió un largo beso á los dientes de *Tiberio*, aquel *Tiberio* que, por espacio de tanto tiempo, había sido para él la encarnación de la patria.

Katchar levantó la cabeza al oír crujir la arena muy cerca de él, y miró á su alrededor. El indio lanzó un grito, grito de rabia, grito de dolor, al ver allí, á algunos pasos, un soldado inglés, que, de lejos, atónito y atraído á pesar de eso, miraba.

—¡El inglés! (aulló Katchar, como si le hubiesen introducido un hierro candente en las carnes.) ¡Los vestidos rojos! ¡Luego están ahí todavía! ¿Siempre? ¿La visión mentía, pues? ¡Vienen á separarte de mí! ¡Quieren llevarte, *Tiberio*, tigre mío, mi compañero, mi amigo! ¡No, no te poseerán! ¡Yo ahondaré la tierra con mis

uñas, y te enterraré aquí, con mis propias manos, como he enterrado á mi padre! ¡El inglés! ¡El inglés! ¡Fuera de aquí el inglés!

Y como movido por un resorte, el indio se levantó y mantuvo de pie, delgado, horrible, extendiendo sus dedos hacia el soldado y con la fiebre de muerte en los ojos. Permaneció así un instante, terrible, semejante á la estatua de la maldición; luego, de repente, cayó de toda su altura sobre el cuerpo rígido del tigre, diciendo:

—¡Visión! ¡Pura visión, *Tiberio!* Estamos libres.

La sonrisa muda de Katchar, con los ojos fijos y el cuerpo inmóvil, mostraba aún sus dientes blancos, y los ojos del indio, sin fijeza ya, parecían seguir en el infinito una forma invisible, y que, sin embargo, veían allá abajo....

Trajeron á Placial Estradère el cuerpo del indio y el del tigre, y aquel hombre de hierro, que domaba las fieras, lloró como un niño delante de *Tiberio* muerto y delante de aquel ser á quien había amado como á un hijo.

El domador permaneció largo tiempo encorvado, con los labios puestos en la mano fría y amarilla como el bronce del pobre Katchar.

Luego, con los ojos enrojecidos, pero tratando de no dar á conocer su dolor á Genoveva, que, sentada en una azotea que dominaba el mar, respiraba, ya fuera de cuidado, el viento que venía de la costa.

—No le hablaré de esta muerte del indio (pensaba Placial). ¿Para qué entristecerla?

Había prevenido á Patrick, que lo sabía todo.

Estradère compuso su semblante al acercarse á Genoveva, á quien oía reir por la primera vez quizás.

Adelantaba con lentitud y miraba. Un espectáculo extraño y arrebatador hirió sus ojos. Genoveva, vestida de blanco, estaba tendida en una butaca; el marco de aquel cuadro estaba formado por los festones y las ramas de una viña virgen que corría á todo lo largo de la azotea, y allí, alrededor de la joven, revoloteaban unos pajarillos con las alas azules, rojas, anaranjadas; eran bengalís y adiamantados de la India, senegalis de colores exquisitos, rojos como rubíes, azules como turquesas, y aquellas joyas vivientes se posaban en los hombros de Genoveva, y revoloteaban alrededor de sus cabellos, palpitando con cariñosos estremecimientos de alas que rozaban su mejilla y sus labios....

—Ved (dijo Patrick Donegan al domador). ¡Vos domabais tigres; ella encanta los pájaros!....

Estradère se detuvo, y su corazón latió como si hubiera querido hacerle estallar la rotura de un aneurisma.

Consideraba aquella escena de una poesía penetrante. Escuchaba la risa de la joven, mezclada con el canto de los pájaros.

—Acaba de llegar al puerto un buque cargado de pájaros del Senegal y de la India (dijo Patrick). He traído todos estos, y por descuido se han escapado. Mas, por no sé qué encanto, ella los retiene todos ó casi todos á su alrededor. ¡Y observad cómo la acarician!

Una inmensa alegría inundaba el corazón de Placial. Desde niño se revelaba en él este poder

magnético. Acudían los pájaros revoloteando alrededor de su cabeza, como los bengalís revoloteaban ahora alrededor de la joven.

Recordaba haber visto á su tigre *Tiberio*, bajar los ojos ante la mirada serena de la niña.

Paddy, en Londres, le había hablado ya del extraño influjo ejercido por Genoveva sobre los bandidos de White-Chapel.

Se sentía feliz, bendiciendo la vida, próximo á llorar, y decía :

—He aquí la prueba que necesitabas. Genoveva es tu hija. Ha heredado de ti ese extraño poder en la mirada que Dios te ha concedido.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—repetía en voz baja, oyendo á Genoveva reír en medio de aquel enjambre de pajarillos.

—¡Una carta! (dijo la *Grana* de improviso, apareciendo en la terraza.) ¡Una carta de Londres!

Placial tomó la carta, rompió el sobre, y al leerla palideció.

Era del doctor Morton, que le decía :

«Abrigo la esperanza de que ésta sorprenda á vuestra hija, ya convaleciente.

»Ayer se celebró el casamiento de miss *Perkins* con su primo sir *Harrison*.

»El señor Jedediah Pickford nos regaló, durante el banquete, todo un capítulo de sus enmarañadas consideraciones filosóficas. Es un filántropo que nadie ha logrado comprender.

»Sigo atendiendo á la enferma. Cecilia es incurable; su locura, pavorosa y extraña.

»Continúa sometida á tratamiento especial en el manicomio de *Santa María de Bethleem*. Hay

en el jardín del establecimiento varias plantas de violetas, que cuida con esmero. Todos los días las riega dos veces. Ocupada en esta operación, á veces se levanta, y lanzando en derredor miradas siniestras, exclama, llevándose las manos á la frente :

—»¡Arrancadlas! ¡Arrancadlas!

»Ayer le pregunté con dulzura por qué habían de desaparecer estas plantas. Entonces me miró irritada.

—»¡Eh! (me dijo, con acento que nunca olvidaré.) ¿No veis que se ponen rojas como sangre? ¿No sabéis que están manchadas por el crimen?

»Después, repitiendo un nombre, el nombre de Francisco, pidió gracia á uno que de sobra conocéis, y que, si la oyese en estos momentos, la perdonaría con seguridad.»

Cuando Genoveva observó que su padre terminaba la lectura de la carta, corrió hacia él, al mismo tiempo que los pájaros huían desparvoridos.

—¿Os dan noticias de mi madre?—le preguntó, trémula, al verle tan pálido.

—Sí,—la contestó, con voz semejante á un sollozo.

—¡Por piedad! ¿Acaso ha muerto?

—No; tranquilízate.

—Pero ¿qué os dicen entonces?

Placial, por toda respuesta, desgarró la carta del Doctor, lanzando sus pedazos al viento. Después, tendiendo sus brazos á Genoveva, contestó, con acento delirante :

—Me dicen.... que el pasado se borra, que el

presente es venturoso. ¡Perdono, pues, á tu madre, hija mía!

—¡Ah!—prorrumpió la niña, deshecha en llanto.

Y arrojándose en los brazos de Estradère, y apoyando su blonda cabeza en el pecho del mártir, suspiró:

—¡Cuánto os admiro! ¡Qué hermoso es lo que hacéis!

El domador sentía correr las lágrimas por sus mejillas. Parecía con ellas borrarse la cicatriz que marcaba su semblante.

—¡Ah! ¡Y ese Patrick (decía Genoveva), y ese Patrick, á quien yo preguntaba: «es mi padre, ¿no es eso?», me respondía: «No, no; no es tu padre!» ¡Ah, me engañaba!

—Patrick quería reservarme la alegría de ser el primero en revelártelo. Patrick será también hijo mío, si tú lo quieres.

Al mismo tiempo aparecieron en la puerta de la terraza Patrick Donegan y Catalina Sichel. La joven quedó muda de sorpresa.

—¡Ah, cielo santo! ¡Qué día más feliz!—exclamó al fin.

Cuando el domador pudo recobrase á la inmensa dicha en que desbordaba su alma, se acercó al irlandés, cogiéndole de la mano y llevándole hasta Genoveva:

—¡Estréchala contra tu corazón! (le dijo señalando á la bella niña.) ¡Sois el uno digno del otro!

El antiguo cantor de las callejas de Londres no se hizo repetir el mandato, y, tomándola entre sus brazos, la estrechó fuertemente contra su pecho.

La gruesa alsaciana trataba en vano de sofocar sus sollozos, y decía, en su gracioso y tierno dialecto, mirando á aquellos tres seres que el sol poniente envolvía como en un beso de luz:

—Bob ha sido, sin saberlo, quien los ha reunido. ¡Pobre desgraciado! Si resucitara, ¡con cuánto placer admiraría este cuadro!

Y luego añadió:

—Vamos, vamos; es preciso no ser injustos. ¡Hay también felicidad para los buenos!

FIN.